



Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA

Jacinto Océlvio Picón, Caricatura de LEAL DA CAMARA



Como á los pies de Tenorio
«duerme sumiso el azar»
igual han dormido siempre
y por siempre dormirán

á los pies de Don Jacinto
la belleza, la verdad,
la crítica, la novela
y el arte del bien hablar.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Telégrafo poético, por Antonio Arango.—El práctico andaluz, por Rafael Torroms.—Un destino, por Alejandro Sawa.—Desde París, por Ramón Arensía Más.—Eros, por Ricardo J. Catarisueu.—A un inmortal, por Antonio Sánchez Pérez.—La muerte del Justo, por Luis del Arco y Muñoz.—Jugando al tiro, por Juan Pérez Zúñiga.—Faliqne, por Clara.—Alborada, por Ricardo de Zavaia.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Jacinto Octavio Píoón caricatura de Leal de Cámara.—Cuanto viojo, por Méndez Álvarez.—Terrible aventura de Fiki y Peki en el mar de las Indias por Poveda.—Sueño y realidad por V. Tur.—A casa, por Méndez Álvarez.—En San Antonio de la Florida, por María.—España en París, por Delgado.



DE TODO UN POCO

Durante la pasada semana, se han desarrollado en Madrid muchos y muy interesantes sucesos, pero casi todos han tenido carácter político y por lo tanto no pertenecen a nuestra jurisdicción.

Aquí, a Dios gracias, no cultivamos la política y nos tiene sin cuidado lo que sucede en las regiones oficiales.

Hasta ayer, a eso de las ocho, no hemos sabido que está en el poder D. Francisco Silvela, ni que es ministro de Instrucción pública el señor de García Aliz.

Algo habíamos oído respecto a una silba que le dieron en Cataluña al ministro de la Gobernación; pero creímos que el silbado había sido Capdepón, suponiendo que estaba todavía en el poder D. Páxodes Sagasta.

Aquí no nos enteramos de cuando suben unos y bajan otros, porque si hemos de decir la verdad, todos nos parecen peores y lo mejor es no pensar en ellos.

Quédese esto para los que medran a la sombra de diputados y senadores, como le sucede a Pepe Focifios, mi paisano, que no tiene más ocupación que adular a los hombres públicos, y merced a esta agradable faena ha conseguido un empleo no sé dónde y es feliz.

Lleva el alta y baja de los constipados que padecen los personajes, y los visita a todos demostrando gran interés. Cuando no le dejan entrar en la alcoba, les escribe desde el portal en los siguientes términos:

«Mi respetable señor: He venido a saber de su salud y a repetirle al propio tiempo que estoy incondicionalmente a sus órdenes. Tengo entendido que el sebo es eficaz para combatir la córiza. Dé usted sus órdenes para que le unten la nariz con el expresado producto y ya verá como encuentra un gran alivio, cosa que desea de todo corazón, su agradecido y respetuoso servidor q. s. m. b.—José Focifios»

El caso es que nuestro hombre se ve ahora comprometido con eso de la Unión Nacional, pues no sabe si ponerse al lado de Paraíso ó del Gobierno.

Por un lado, quisiera seguir halagando a Villaverde, a quien conoció de soltero en Pontevedra, y por otro aspira a cultivar el trato de Costa, por si algún día le hacen ministro.

Ahora, con motivo de las denuncias de los periódicos, anda de redacción en redacción haciendo presente su disgusto por la conducta suicida (son sus palabras) del Gobierno, y después se va a la oficina y pone de oro y azul a la prensa, para que le oigan los jefes y se lo digan al ministro.

Con este procedimiento es muy posible que Focifios llegue a gobernador civil, como han llegado otros que usaron las mismas artes.

Aquí, para medrar, no hay sistema mejor que el de meterse en casa de los hombres políticos y quitarles motas.

Yo conocí un sujeto que llegó a ser diputado a Cortes, y director general, sólo por haberle proporcionado al ministro una buena ama de cría, recién llegada del pueblo y con leche fresca.

La señora del ministro se había quedado seca a causa de una crisis parcial, y en cuanto lo supo mi hombre se fué corriendo a la plaza Mayor, donde hay mercado de nodrizas, y ajustó una por seis duros y vestida del todo. De la plaza se la llevó al médico para que le analizara el jugo lácteo y convencido de que era excelente, corrió a casa del burócrata y dijo a la ministra:

—Señora: nos hemos salvado. Aquí está quien puede devolver la calma a nuestros corazones. El distinguido niño perteneciente al ilustre hombre público que forma parte del Gobierno de S. M. tiene quien provea sus necesidades físicas.

—¿Qué dice usted?—exclamó con asombro la madre seca.

—Digo que esta nodriza puede lactar al tierno y hermoso infante. Cuando conoció el ministro aquella acción generosa, pensó inmediatamente en recompenarle, y al otro día el apreciable sujeto quedaba encasillado en Gobernación y un mes después presentaba su acta en el Congreso.

Como el ama tenía muy buena leche y el niño estaba cada vez más hermoso, la ministra dijo a su esposo:

—¿Has visto que buena nos ha resultado el ama?

—Excelente.—contestó el personaje.

—Hay que hacer algo por el hombre que nos la ha traído.

—Ya le he hecho diputado.

—No es bastante. Debemos premiar su celo. Casi todos los días viene a ver cómo sigue el niño, y cuando sabe que se le ha retirado la baba, se aflige mucho.

—¿Sabes lo que le voy a hacer?

—¿Qué?

—Director general.

—Pues, hazlo.

Y, efectivamente, lo hicieron entre los dos, con gran contento del ama, que le debe su bienestar y le dice a cada paso:

—Señorito, no se olvide usted de mí, y cuando acabe de criar al ministrillo, a ver si me busca otra casa, para ama seca.

Ningún redactor de Madrid Cómicó llegará a director general mientras el periódico viva alejado de la cosa política.

Se nos han hecho proposiciones muy ventajosas para ingresar en un nuevo partido que se está creando en una casa particular, pero por ahora no nos resolvemos a salir de la vida privada.

Quizás labraríamos nuestro porvenir y el de los repartidores, si nos decidiésemos a engrosar las filas de la nueva agrupación, pero renunciamos a todo, a trueque de conservar esta hermosa independencia.

Así lograremos que exclamen nuestros admiradores:

—¡Qué hermoso ejemplo el que ofrece a España MADRID CÓMICO! Aún hay caracteres.

LUIS TABOADA

Telegrafo poético.

LUNA DE MIEL.

- | | |
|---|---|
| <i>Huelva, 14 Noviembre.</i>
8,17 noche.
Redacción <i>Vos Jubilados</i> .
Madrid, Bonetillo, 12. | <i>Sevilla, 18 Noviembre.</i>
7,34 noche.
Pedro Gálvez Macullillo.
Lluvia torrencial. Catorce centellas hoy madrugada.
Laura genio insoportable.
Insultame mucho.— <i>Roque</i> . |
| Contrajeron matrimonio angelical, bella joven Laura Inestrosa Benitez y próbo empleado don Roque Gálvez. Grandiosos presentes. En casa novia sirvió espléndido lunch. Partieron felices espusos coche lujosísimo, estación.— Irán Sevilla y la Corte pasar deliciosa luna de miel.— <i>Corresponsal</i> ,— <i>Gómez</i> . | <i>Madrid, 22 Noviembre.</i>
10,35 mañana.
Juan Inestrosa.— <i>Comercio</i> .
Descarrilamiento Alcázar, milagro de esos salinos.
Roque confuso ón bajada perdido cartera. Remitan fondos fonda el a travianza.
Cumemos fiado. Disgusto serio matrimonio.— <i>Laura</i> . |
| <i>Sevilla, 15 Noviembre.</i>
6,55 noche.
Pedro Gálvez Macullillo. | <i>Madrid, 24 Noviembre.</i>
5,19 tarde.
Juan Inestrosa.— <i>Comercio</i> .
Urgente recursos mande. Mald la suerte nosotros. Fonda niéganse fiarme. Escándalo, hiena Laura armóme motivo el hambres; arañome cara. Estoy morir por viaducto.— <i>Gálvez</i> . |
| Llegamos bien. Dicha enorme. Paramos «Hotel Rondetos», Imagen, 90.— <i>R. que</i> . | <i>Sevilla, 26 Noviembre.</i>
9,37 noche.
Pedro Gálvez Macullillo.
Carruaje estación del Norte volcamos. Choczo Laura. Yo ligeras contusiones pecho caderas, narices, piernas, brazos, ojos.— <i>Roque</i> . |
| <i>Sevilla, 16 Noviembre.</i>
2,47 tarde.
Pedro Gálvez Macullillo. | <i>Huelva, 27 Noviembre.</i>
11,29 noche.
Redacción <i>Vos Jubilados</i> .
Madrid, Bonetillo, 12.
Regresaron hoy su viaje de novios, nuevos señores Gálvez, pasar deliciosa luna.— <i>Corresponsal</i> ,— <i>Gómez</i> . |
| Comida Hotel detestable, causónos tremendo cólico. Noche horrorosa. Mandarme cister maquina olvidado, ropa interior todas clases a fonda a Botrogo de Oriz. Laura displicente.— <i>Gálvez</i> . | Por el oficial de servicio
ANTONIO ARANGO |

El práctico andaluz.

Se cuenta que un andaluz nacido en la propia Málaga, de esos de chaqueta corta y sombrero de anchas alas, es el andaluz más fresco y decidido en España, porque no encontraba límites su presunción y su audacia.

Era ingenioso atrevido, de aguda y punzante charla, sugestionador temible con su mímica y palabras, hombre, en fin, de tal viveza que, según sus camaradas, manzanilla en vez de sangre por sus venas circulaba.

Ninguno le conocía profesión determinada, por más que era bachiller y aun doctor en artes malas, siendo sus ocupaciones ni muy turbias ni muy claras, pues tenía sus garbanzos entre el negocio y la estufa.

Estando un día en el puerto vió que un barco demandaba que fuera en su auxilio el práctico que le indicase la entrada.

Como el práctico del puerto entre dos luces estaba, porque con varios amigos se había ido de jarana, nuestro andaluz toma un bote y con la mayor audacia, diciendo que él es el práctico sube del barco la escala.

Le reciben los marinos con grande desconfianza.

Cuento viejo, por MÉNDEZ ALVAREZ



—¿Cuántos muertos hemos tenido la noche pasada?
—Nueve, doctor.
—¿Cómo es eso, si yo dejé medicina para diez?
—Sí, señor; pero uno de ellos no quiso tomarla.

pero él dice que es el práctico con tal fuerza y arrogancia que no osaron desmentirle aquellos que le escuchaban.

El capitán á su lado se coloca, el barco avanza, y el andaluz muy tranquilo da disposiciones varias como si haría ya estuvera de indicar aquella marcha, y al ver que sin contratiempo la embarcación adelanta, de tal modo se emardecce, de tal suerte se entusiasma, que empieza á decir á á voces con la mayor petulancia:

—«Allí á la izquierda, hay un bajo donde sin cesar naufragan aquellas embarcaciones que prescinden de mis prácticas.

Allí á la derecha hay otro, el cual la quilla que engancha, como si fuera un melón en dos mitades la raja.»
En aquel preciso instante contra un peñón que se hallaba junto á la boca del puerto nuestro barco se avalanza; llega choca, se estremece, se parte el hierro entra el agua, en tanto que dice el práctico con suficiencia extrema:

—«Ve usted, y aquí hay otro escollo, donde uno se rompe el alma.»
Como este sabio andaluz hay mil sabios en España á quien no cogen de susto los horrores que les pasan; porque al llegar á estrellarse, con gran suficiencia exclaman:
—«Lo teníamos previsto; era cosa averiguada.»

RAFAEL TORROMÉ

Un destino.

Para mi amigo, Salameo-Montisgar.

Acaba de morir en Leipzig un hombre, un compatriota nuestro, que con todo de apenas llamarse Pedro - Rufino Alvarez, para servir á ustedes—ha dejado en mi memoria la cicatriz que deja un ácido sobre la carne, huella honda que el tiempo, en sus tareas disolventes, no podrá extinguir jamás.

Y vamos á cuentas. Yo lo conocí en Madrid, recién llegado de su pueblo, una aldea blanca, montada sobre campos quemados color de ocre, allá en la provincia de Toledo. Un cura, algo pariente suyo, como siempre ocurre en estas historias y en esas comarcas, se encargó de su educación y el sol que alumbró el Alcazar de Carlos V, tuvo á su cargo el desarrollo excesivo de esas protuberancias frontales en que Gall y Lavater localizaban los sesos hasta deformarlos; de la influencia, nociva como una maldición victoriosa, de ese sol, se resistió toda la vida hasta la hora de su muerte en Leipzig, el pobre Rufino; mucha imaginación y poco juicio; capaz, nada más que por eso, de ser un símbolo de la idiosincrasia amarilla y encarnada que nos agota.

Vino á Madrid ganoso de honores y de fama; ¿había en Madrid ministros? él sería uno de ellos; ¿grandes escritores casados en vínculos legítimos con la celebridad? no habría de morirle él con la virginidad de esa soltería. Y enarboló en la ventana del altísimo piso donde fué á dar con sus huesos, un pendón con este rótulo: «Rufino Alvarez, Danter».

Como el perro del gitano, sabía latín; luego supimos que creía saberlo porque su tío el cura le había enseñado á ayudar á misa; y griego, en un diccionario con el que toparon sus manos aprendió de corrido todo el alfabeto helénico, para rellenar de alfas y deltas, lambdas y sigmas, las soluciones de continuidad de sus oraciones gramaticales; y asirio, porque se imaginaba él que semejante lengua nadie la sabía; y chino también, porque una vez recogió en la calle el moquero de un diplomático del Celeste Imperio. Con esos y otros conocimientos se irguió en la Agora, lanzo su reto—y aguardó.

¿Cómo sería de injusta en España la generación intelectual de hace algunos lustros, que Alvarez se vio dar en todas partes con las puertas en las narices! E-tuvo en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en *La Época*, en la redacción de las principales revistas literarias; pero no pasó nunca de las antepasadas. Eso no importa. Con su hermosa fecundia meridional el creía, y como lo creía lo aseguraba, haber a-entado sus posesiones, bien anchas por cierto, en el sillón directorial. ¡Y era de ver la arrogancia con que nos saludaba cada vez que el azar lo ponía ante nosotros, cuando sudoroso aún y pálido de emoción venía de conferenciar con el ugiér ó el portero de alguna excelencia social consagrada por el vulgo!

Pero en fin, no se vive sólo de ilusiones propias y de exigencia de la calle, sino que se ha menester también de algunos otros elementos, si más groseros en la forma, más substanciosos en la esencia, y nuestro hombre - Alvarez, para servir á ustedes—vino á darse cuenta de ello un luctuosísimo día de invierno en que el sol en los cielos estaba eclipsado por las nubes y la piedad humana velada por el vaho de las digestiones satisfechas; un día de invierno, duro de recorrer, como una estepa, formado de minutos de odio, mal; y como hubiera hecho en Madrid, por imposiciones de la provincia de Toledo, estudios de farmacia, solicitó y obtuvo la plaza de mancebo en una botica, muy lejos, en el extra radio, allende el Abroñigal; á distancia verdaderamente sideral del país de sus ilusiones!

Aires demasiado densos los que se respiran en aquellas latitudes madrileñas—amoníaco, ácido úrico, pus gasoso de todas las fermentaciones inducibles—tuvieron cesárea influencia mas que en los pulmones, en su imaginatividad, sugiriéndole la idea, fuerte como su instinto, de huir de Madrid, de salir de España, de ser profeta en otras tierras, donde, iluminada por otros soles, su personalidad adquiriera el relieve de estatua á que tenía derecho. Y un día, en París, hace muchos años—yo tenía entonces dieciocho—me anunciaron la visita de un desconocido y me entregaron una tarjeta que traducida al español decía todo esto:

«RUFINO ALVAREZ

Doctor en Derecho, en Medicina, en Ciencias Exactas y en Teología, ex-capitán del Ejército español, ex-secretario suplente de la sociedad «El Iris», ex-pensionado de varias Academias, flor natural y de plata sobredorada en varios certámenes prácticos, correspondal de importantes publicaciones españolas, traductor de las más afamadas casas editoriales europeas, profesor de español, de hebreo, de valenciano, de catalán, de inglés, de alemán, de italiano, de ruso, de latín, de griego, de árabe, de hebreo, de caldeo, de siríaco y de sánscrito

DÁ LECCIONES DE GUITARRA Á DOMICILIO.»

¡Pobre Rufino Alvarez!—Con la cabeza ya cansa por la acción del tiempo y de los desengaños, temblón, senil, casi atáxico, ha visto por fin erguirse ante él, palpitante de realidad y concreto, un buen pedazo de sus ilusiones de la mocedad y de la edad madura; ha visto al cabo su nombre [su propio nombre] impreso en la cubierta de un libro, re-plandeciente para él como un castillo de fuegos artificiales; pero ¡qué libro, Santo Dios!—«Tratado de la cría del cerdo, seguido de un manual completo del perfecto salchichero...»

Y al ir el malogrado *virtuoso* á Leipzig para cobrar el importe de su versión castellana, una teja que cao del cielo—porque del infierno no había de ser, estando el infierno abajo, según las más auto-colladas opiniones—señaló el fin—¡ahora que comenzaba nuestro hombre á escribir libros!—de esta singular víctima del destino.

¡Eironía!

ALEJANDRO SAWA

Desde París.

(NOTAS DE MI CARTERA)

Hoy que tengo de sobra tiempo y espacio, hablaré dos palabras del *Gran Palacio*, cumpliendo de este modo como es debido, lo que á mis *parroquianos* he prometido. La actualidad, que es siempre lo que interesa, impidió el cumplimiento de mi promesa. ¡Cuánto he sufrido viendo que no podía cumplir lo que en mis cartas les prometía... y probarles, cumpliendo como es debido, que cuando llega el caso... soy muy cumplido!

Demostrando lo que pueden la riqueza y el ingenio cuando los une la idea de hacer algo noble y bueno, como alarde de buen gusto, como artístico trofeo, se levanta el *Gran Palacio* frente al *Palacio Pequeño*.

Muchos descontentadizos, por no decir majaderos, afirman que la fachada principal pierde su efecto por estar recargadísima de esculturas de gran mérito y de elegantes columnas y de detalles soberbios.

Lo cual viene á ser lo mismo, que si á ustedes, por ejemplo, les convida cualquier día á comer un compañero y al servirles el cocido le contestan:—*No comemos; porque ese cocido tiene jamón y gallina, y eso aunque digan lo contrario no puede ser nada bueno.*—

¿Qué importa que las estatuas se prodiguen más ó menos si son obras primorosas dignas del mayor respeto y hechas por los escultores franceses de más talento?

¿Qué importa que haya columnas si en ellas los arquitectos, como en España decimos, han sabido *estar el resto*?

¿Y qué columnas, señores; copia exacta, fiel remedo de aquellas que decoraron las paredes de los templos en que el paganismo estuvo casi á punto de vencerlos!

¿Que hay exceso de detalles? pues Dios bendiga ese exceso; ¡por mucho trigo no es nunca mal año... si el trigo es bueno!

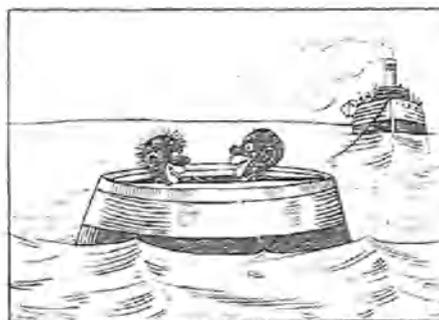
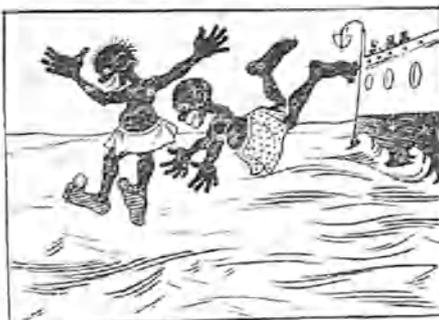
¿No es todo suntuoso y grande? ¿no es artístico? ¿no es bello? Pues entonces ¿quiénes somos para rebajar sus méritos?

Si esculturas y columnas son producto del esfuerzo de un grupo de artistas, honra de la patria en que nacieron, ¡aplaudamos á esos hombres que, con todos sus defectos, han sabido dar valor artístico al monumento!

El *Gran Palacio* es hoy uno de los sitios predilectos de la Exposición, lo cual me satisface en extremo.

Le visitan á diario centenares de extranjeros; admiran sus balastradas, sus ventanales soberbios, sus hermosas esculturas, sus artesonados techos,

TERRIBLE AVENTURA
de «Pikis» y «Pakis» en el mar de las Indias,
por POVEDA



sus espléndidos tapices y sus salones espléndidos.

Cuantos ven el edificio tienen que elogiarlo al verlo y sin reservas aplauden á escultores y arquitectos.

Y ahora... digan lo que quieran celosos y descontentos, que yo á la comparación de mi cocido me vuelvo.

Protesten á voz en grito en revistas y folletos y hagan la campaña en contra francamente y sin rodeos.

¿Que perderán? No es posible; tienen que ganar el pleito. ¡En el mundo es infinito el número de los necios!

He tenido de sobra tiempo y espacio, mas los he derrochado por culpa mía cantando las bellezas del *Gran Palacio*... ¡y aún me queda el *Pequeño* para otro día!

RAMÓN ASENSIÓ MÁZ

EROS

Cuando te quería con toda mi alma, ¡los días, qué alegres, volaban en calma! Desde que á mi lecho llamaba la aurora yo estaba intranquilo, pensando: ¡Aún no es hora! Volvía á dormirme soñando contigo y al frío del mundo me dabas abrigo; sólo para verte los ojos abría ¡y entre tanta prosa, tú eras mi poesía!

Llegado el instante de hallarme á tu lado, iba tan ligero como enamorado, soñando tu boca de dulces effluvis, tus azules ojos, tus cabellos rubios, ¡y todas las tardes el alma creía que era la primera vez que te veía!

Tu candor, tu gracia, tu voz, tu ternura, eran tan hermosos, como tu hermosura; tocar al descuido tu mano era un goce tan grande cual sólo quien ama conoce; ver las crenchas sueltas de tu rubio pelo era ver el alba que ilumina el cielo; ver tu pie menudo jugando en la alfombra era ver un pájaro que rasga la sombra.

A veces, mirando tu tallo á hurtadillas, quisiera á adorarte caer de rodillas; ó, siguiendo el giro de tus movimientos, sentía rubores y estremecimientos...

Cuando me fugias desdenes ó enojos, torrentes de lágrimas quemaban mis ojos; y si á otro mirabas, quisieran mis bríos, clavarte los ojos mirando á los míos; y cuando en voz baja decías *«Te quiero»*, no me cambiaría por el mundo entero.

Cuando, tras borrasca de niñas fugaces, como el arco iris brillaban las paces, tu boca mirando tan fresca y tan roja, sintiendo fundidos anhelo y congoja, nervioso y convulso:—¡Por Dios, te decía, por Dios, no me mires así, vida mía!—

Como el sol, rasgabas el aire brumoso. ¡Tú eras tan hermosa! ¡Yo era tan dichoso!

Eramos dos ondas, que iban impulsadas por el mismo río, juntas y abrazadas; vino la crecida rujiente y funesta, yo salté á una orilla, tú á la orilla opuesta; tú al llano apacible de clima sereno, yo al riscoso monte de peligros lleno, y avanzando fuimos por contrarios rumbos tú pisando flores y yo dando tumbos, y nos separamos tan rotundamente que hoy, si á mi camino tornas casualmente, pasas tú muy grave, paso yo muy tieso ¡y una reverencia sustituye á un beso!

Ve tu fin cumpliendo como cumulo el mío, más distantes siempre que el calor y el frío. Tú vas por los valles, yo voy por las selvas; es irrealizable que á mis brazos vuelvas. Y, como soy hombre, soy incorregible, ¡quiero lo imposible!... porque es imposible!

RICARDO J. CATRINBU

A un inmortal.

Excmo. Sr. D. Alejandro: ¡Por los clavos de Cristal ¡y por las once mil vírgenes! ¡y por los innumerables mártires de Zaragoza! ¡y por todos los ángeles, arcángeles, serafines, querubines, dominaciones y demás espíritus celestes de los nueve coros! ¡y por todos los santos y santas de la corte celestial!... y no se me ocurren más conjuros, para persuadirlo á que vea lo que escribe y lo corrija cuando se proponga despotricar ante sus compañeros los inmortales.

Pase que en el Congreso, donde nadie escucha y de los que escuchan casi ninguno entiende, dé usted flenda suelta al hipógrito violento de su gárrula palabrería; pero, hombre, en la Academia Española, donde hay algunos (pocos, si usted quiere, y aunque usted no quiera) que saben, que discurren y que escriben correctamente y con propiedad, no vuelva usted á decir *cultivo entusiasta*, porque *entusiasta*, si hemos de dar crédito y hemos de reconocer autoridad al léxico hecho por usted mismo y por sus compañeros de Academia, significa: «que siente entusiasmo por una persona ó cosa. || Propenso á entusiasmarse.» Y es claro que ningún cultivo puede sentir entusiasmo, ni ser propenso á entusiasmarse.

Para ocasiones como esa en que usted empleó la voz *entusiasta*, hay en el Diccionario la palabra *entusiástico*; la cual palabra no significa precisamente lo mismo que *entusiasta*.

Como no significan lo mismo, pongo por ejemplo: *Gimnasta* y *Gimnástico*; *Encomiasta* y *Encomiástico*, etc.

Si un chico de la prensa, de esa prensa á la cual usted debe tanto y tan mal trata en el discurso mismo á que me refiero, escribiera que en tal compañía ecuestre habia muy buenos *gimnásticos* ó que en cual otra eran muy notables ciertos ejercicios *gimnastas*, faltaria tiempo á los maestros para condenar, en nombre de la Gramática, esas impropiedades de lenguaje; pero dice usted en un discurso académico, en solemnidad literaria, «cultivo entusiasta», y callan todos; vamos, casi todos; porque yo, el más humilde representante de los profanos que acudieron á la fiesta, no callo, y, como más haya lugar en derecho, ante el tribunal de la opinión pública, parezco y digo: que usó usted indebidamente esa palabra.

¡Y no fué la única!

Si he mencionado primeramente ese gazapo cuasi académico, es porque antes que ningún otro salta en la línea primera del discurso, en el cual aseguro á usted, Sr. D. Alejandro, que hay abundante caza.

A casa, por Méndez Álvarez



—Vamos deprisita que el recaudador habrá ido á casa á embargar.
—Mamá, ¿papá no ha pagado la contribución?
—No, hija mía; para eso no necesita tu padre de Paraiso.



—Mira, niñita; el general González me anuncia que va á llegar mañana con su ayudante y que pasará con nosotros unos días.

Con justificada extrañeza, más aún, con verdadero asombro, podrá ver el que lo leyere, que usted, en su afán immoderado de hacer párrafos de muchos kilómetros de andadura, habla de *promesas de ambición*, que ni el mismísimo demonio sabe lo que pueden ser; ni usted tampoco, por supuesto; de *limaduras de crítico*, de las cuales nadie ha sabido hasta la hora presente; que dice usted *ocuparse DEL porvenir*, lo cual está terminantemente prohibido por ustedes los inmortales; que trae usted á colación unos *átomos auríferos*, que inducen á sospechar que usted no sabe lo que son átomos ó ignora lo que significa aurífero; que emplea usted como transitivo el verbo *desertar*, contra lo que enseña el Diccionario de esa casa; que encomia usted los *espejos diáfanos*, cuando precisamente en no ser diáfano está el toque de la bondad en el espejo; que el lector del discurso en cuyo examen me ocupo, tropieza muy á menudo con locuciones parecidas á esta: «el atinado crítico tanto estético como moral», cuyas *tés* y cuyos *coco* y *mo-mo*, desgarran el oído menos delicado.

Que usted, Excmo. Sr., haya dicho, hace ya seis años, los *anlidos del hárido tradicional*, puede considerarse como un desahogo pueril de orador *efectista*; que haya usted confundido á Moisés con Noé, puede atribuirse á un *lapsus calami*; pero que pretenda darnos por oro de ley oropeles parecidos á los señalados y á otros muchos, de los cuales quiero hacer gracia á mis lectores, ni puede comprenderse, ni debe tolerarse.

A lo menos, sin protesta.

Presumia yo, y lo esperaba, que esa protesta absolutamente indispensable, brotaria de la autorizada pluma de un académico; pero como veo que no brota, y valga por lo que valiere, allá va la mía.

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

La muerte del justo.

(CUENTO)

En el lecho del dolor agonizaba un gitano, teniendo á su alrededor á la derecha, el doctor, á la izquierda, un escribano. Un fraile que le auxiliaba fervoroso y elocuente, mientras la cruz le mostraba

con sus frases le exhortaba á morir cristianamente.
—Ya (le decía) estás listo; ya tienes mis bendiciones, en llamarte *justo* insisto porque mueres como Cristo...
—Sí, padre, entre dos ladrones.

LUIS DEL ARCO Y MUÑOZ

Jugando al toro.

Un día estuve en casa de don Teodoro y vi á sus cuatro chicos jugar al toro. El tal juego les gusta más que el teatro y hay que ver lo que gozan así los cuatro!

Tienen de chucherías una caterva pero han pasado todas á la reserva, y haciendo de toreros, reses y potros, sin descanso se lidian unos á otros.

¡Y cómo los indios ponen las piezas que sirven de teatro de sus piezas!

Los sillones son vallas y burladeros, y son gradas las mesas y los trancheros, y hasta prestan servicios en ocasiones los plumeros, los zorros

y los bastones. Sobre el cuarto del padre (que es muy modesto) con ocre y sin malicia «Toris» han puesto y sobre el dormitorio de la nodriza un letrero que dice: «Caballerías».

Suele Andrés ser el toro, Luis el caballo, Juan es el *Algabeño*, Fuentes ó el *Gallo*.

Paz suele ser la reina que, muy florida, desde su regio palco ve la corrida, y como son muy pocos para la fiesta el vecino de al lado sus chicos presta, de los cuales Alberto, por darse tino, hace de presidente, Julian de mono, de picador Camilo, de guardia Tula,

Roque de timbalero y Angel de mula, y hasta en la lidia emplean á la sierviente (que es desecho de tienta seguramente) y hay veces que un amigo va de vista y que sufra un puntazo nadie le quita.

Es inútil, lectores, decir á ustedes lo que pasa entre aquellas cuatro paredes y lo que hacen los chicos del mobiliario y lo que mortifican al vecindario.

Pero no hay una cosa más divertida que el reparto de cargos de la corrida, pues aunque para toros todos alternan, yo no sé cómo diablos se las gobiernan que el que puede zafarse

de ser lidiado, se zafa siendo listo, por deconado.

Cuando los ví el domingo tal bronca había porque alguno á ser toro se resistía, que Paz, que tiene rasgos conciliadores, ante el conflicto dijo: «Vaya señores; que por mí no se aliere nuestro sosiego y aunque sé demasiado que en este juego una se hace girones y se despeña, un rato será el toro y otro la reina.»

Y esta frase, que dijo candidamente, en mí de tal manera quedó presente, que siempre que yo veo jugar al toro, me acuerdo de los chicos de don Teodoro.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA

Pálique.

Un señor que firma *Tersites*, y escribe muy discretamente de teatros en *El Español*, se queja de que para la dirección del teatro Español se nombre á un poeta lírico, y de que á un autor dramático se le lleve al Senado.

Por lo visto, ve en esto ejemplos de aquellos *viceversas* españoles de que ya se burlaba Fray Gerundio.

El poeta lírico aludido es el Sr. Balart, que, en efecto, es poeta... lírico, como todavía decimos, aunque ya debíamos ir pensando en decirlo de otra manera. Poeta lírico, y bueno, es Balart; pero... ¿no es más que eso? Otra cosa es, según opinión unánime del público: un crítico eminente. Todavía lo de poeta se lo disputan algunos, aunque sin razón, á mi ver; pero lo de crítico, absolutamente nadie.

¿A que ya no le parece un *viceversa* á *Tersites* que dirija un teatro un crítico?

Pero es que *Tersites* lo quiere crítico de teatros y con bríos juveniles. Lo de serlo de teatros suele ser accidental en los críticos de actualidades. Según las circunstancias personales, se habla de las comedias que se estrenan, ó no. Yo mismo, aunque indigno, fui muchos años crítico, ó por lo menos revistero, de teatros, y como tal empecé á ser algo conocido, para bien ó para mal. Si ahora no hablo de estrenos mas que de tarde en tarde, es porque no vivo en Madrid. D. Federico no suele hablar ahora de teatros, pero... no es porque no sepa, señor *Tersites*; es porque no quiere. Conoce nuestro teatro antiguo y moderno perfectamente, como pocos, y demostrado lo tiene. *Illo tempore*, también escribió de estrenos, y jaquella era crítica teatral!

¿Quién no recuerda la gracia y el buen gusto con que Balart se opuso á la corriente vulgar que admiraba ciertas comedias de Egui-laz y de Larra (hijo), medianías que iban pasando por eminencias? La discusión de Balart con Larra, por causa de un estreno de éste, fué, por parte del crítico, un modelo de donosura, intención y gracia.

En cuanto á lo de los bríos, Balart los tiene como nadie, aunque ya no son juveniles. Y habiendo energía y actividad, la juventud ya no es tan necesaria para empeños como el de dirigir cosa tan compleja como un teatro nacional. La experiencia, el tacto, la prudencia y el saber que Balart tiene, por ser quien es, primero, y en parte por sus años, le habrían de servir más que arranques juveniles, más oportunos en otras empresas.

Poeta lírico es Balart, sí; pero no se crea que de esos soñadores que sólo saben leer y escribir versos. Balart, cuando ha querido, ha sido hombre de... ¡acción! y hasta de ¡administración! Fué subsecretario de un ministerio, en tiempos difíciles, y se lució en el cargo. Muchos años sirvió en el Banco de España, y adquirió muy pronto fama de inteligente, activo; era empleado modelo y en cosa tan prosaica!

No se dude. Balart es que ni buscado con candil para dirigir el teatro Español.

No tema *Tersites* que se aburran los cómicos. Lo que harán será respetarle, como acaso no respetarían á uno de esos críticos jóvenes á quien *Tersites* prefiere. Entre éstos, ninguno hay con bastante autoridad para hacerse obedecer sólo por el prestigio de su nombre. Además, ninguno de ellos ha demostrado que sabia sobreponerse á

En San Antonio de la Florida, por MARÍN



1800



1900

la corriente vulgar, el influjo del público tirano, y esto es indispensable en el cargo de que se trata. Ciertos éxitos transitorios, de oropel, de viento, debidos al mal gusto general, no fueron, en estos últimos años, contrarrestados por la crítica militante; por eso, porque esos señores críticos eran tan vulgares como el vulgo.

El mismo *Tersites* descarta a algunos que son de los que gozan de más crédito entre cierta parte del público. Excomulga al Sr. Arimón, desecha a Zeda... Pues, ¿entonces?

Más miedo que a *Tersites*, para esto de que se pueda descomponer lo del teatro Español y Balart, le tengo yo a cualquier concejal, de esos que tratan a las musas como a los matuteros, y no distinguen entre Melpómene y Pepe el huevero.

Terribles son, para el arte, estos encabezamientos dramáticos del Municipio madrileño; y a lo mejor se queda con Talía un rematante de consumidores, que nos deja sin Balart y pone al frente del Español a un cabo de carabineros.

Dios quiera que la cuestión dramático-concejal no acabe en un expediente, un duelo y varias bofetadas, que es lo corriente en nuestras corporaciones populares.

Si le hemos quitado a la Iglesia una porción de bienes, porque no los administraba

España en París.



APUNTE DE LA EXPOSICIÓN, por DELÉANG

bien, ¿por qué no hemos de atrevernos con el Ayuntamiento, quitándole el teatro Español, que él trata como si fuera el servicio de alcantarillas a cosa por el estilo?

o o

Volviendo ahora a *Tersites*, le diré que el poeta dramático que llevan al Senado, tampoco ofrece un caso de *vice-versa*, porque es D. José Echegaray.

Si le hubiesen encargado a ese poeta el trazado de un ferrocarril, ¿hubiera dicho *Tersites* «¡Qué atrocidad! a un poeta? No; porque sabe que Echegaray, además de poeta... es ingeniero. Pues el nuevo senador poeta fué ministro de Fomento y de Hacienda, hombre político de primera fila, orador parlamentario de los primeros, autor de leyes muy buenas e importantes... Caro, como Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, el de Frias, Lamartine, Hurtado de Mendoza, Disraeli, Gladstone y tantas docenas de hombres políticos que fueron poetas *sin perjuicio* de ser ministros, diplomáticos, legisladores...

¡Oh, quién nos diera muchos poetas líricos y dramáticos como Balart y Echegaray para arreglar aunque fuera la Hacienda, la Marina, el Ejército y hasta el Concordato!

Los que mataron a Meco... eran *prostitutas*.

CLARÍN

Alborada.

—Buenos días vecinita.
—¡Hola! Mucho se madruga.
—¿No sabe usted a qué obedezco?
—Yo no.

—¿Qué es lo que uno busca cuando es tan dislocado, como yo, por la sandunga de una mujer?

—Hijo mío, no sé —Pues, no ofrece duda: La soledad, el silencio y que ni el gato interrumpa el amoroso coloquio.

Por eso, aunque me disgusta, madrugo para decirle que me ha vuelto usted taramba; que son dos guindas sus labios; que es un junco su cintura; sus ojos los Altos Hornos, y que sus manos ebúrneas es lástima que estén siempre dando martirio a la aguja.

—¿A qué hora vino usted anoche?
—Sobre las doce... ó la una.

—¿Embustero!
—Vecinita,

yo creo que usted me insulta y si me enfado...

—¿Qué miedo! ¿Tiene usted tan malas pulgas?
—Y chunches; aquí hay de todo. Como no se limpia nunca, en cuanto llega el verano es la casa de esta bruja un parque de zoología.

—¡Ah, vamos! Y usted se asusta de los insectos, y viene, como hoy, al salir las burras de leche. ¿Verdad vecino?

—Tal vez usted me confunda con otro huésped vecino.

—Pero ¡homb! si le denuncia su aspecto de trasnochado.

—¿Qué tengo? —La cura sacia,

el traje lleno de polvo, el cuello lleno de arrugas... Pues y los puños?... ¡Qué bordes!

—Es que el trabajo de pluma ensucia mucho los puños.
—Pero mucho más se ensucian jugando.

—¡Maliciosilla!
—Nada de eso; es que soy viuda y estoy en ciertos detalles porque tuve la fortuna de que mi difunto esposo se jugara hasta las uñas.

—¿Qué calavera.
—¡Quién habla!

—¿Tengo yo mala conducta?
—Calle usted, por Dios, ¡buenísima!

—¡Olé!... Y ¿está usted en ayunas, ahora que me acuerdo?

—Claro.
—Pues deje usted la costura y nos vamos al Retiro.

—¿A qué?
—¡Valiente pregunta!

A tomar el chocolate entre la verde espesura del estanque proceloso, y a decirnos mil ternuras mientras la barca se mece y las olas nos arrullan.

—Y después, como remate, ponernos igual que ch'pa de dómene... Lo agradezco; es abusar. —Tú no abusas.

—Diga usted ¿tenía cola?
—¿Quién, vecina? —La interluz.

—Pero ¿es que estoy embriagado?
—¡Cá, si usted no acostumbra!

—¡Olé! Y que es el *Evangelio*. Oiga usted terrón de azúcar, no cierre que me suicido.

—Vecinita... ¡Pues me gusta! ¡No me da con la ventana en las narices! ¡Qué estápida!

RICARDO DE ZAVALA.

CHISMES Y CUENTOS

Ahora resulta que Mariquita Guerrero quiere trabajar este invierno en Madrid. Y ha telegrafado a un pariente suyo pidiéndole que gestione la adquisición de un teatro cualquiera.

Ni en el Español, ni en la Comedia, ni en la Zarzuela, ni en Apolo, ni en Rómea, ni en el Comico, ni en la Princesa podrá ser. El Real nos parece mucho teatro para Mariquita.

Queda Martín. Y francamente, un plato de barro será siempre de barro, aunque en él coma faisán el emperador de la China.

Por cierto que el *Heraldo* al hablar del regreso de María Guerrero, dice:

«He aquí algunas de las obras que se pondrán en escena, todas ellas con gran lujo.»

Locura de amor, *Don Alvaro*, *Los bilcones de Madrid*, *Los melindres de Belisa*, *El loco Dios*, *Malas herencias* (ambos de Echegaray); *La hija del mar*, de Gaunera; la traducción y refundición de *Hamlet*, hecha en prosa y verso por los Sres. G. Llana y López Ballesteros, y las traducciones de *Fedora* y *La Tosca*, de Llana y Francos Rodríguez.»

El comentario final tiene mucha gracia: «Por una de esas circunstancias inesperadas, tan frecuentes en asuntos literarios, la temporada próxima, que se juzgaba precaria para el Arte, va a ser, como nunca, fecunda en estrenos y novedades, representándose desde las joyas clásicas y las obras mejores de la época romántica hasta el moderno repertorio de los más ilustres autores españoles y extranjeros.»

¿Quién juzgaba precaria para el Arte la temporada próxima? Serían esos ilustres autores españoles.

Un señora, amiga de MADRID CÓMICO, cantaba la otra tarde una petenera:

Qual botella de cerveza son tus hechos y palabras mucho ruido al destapar, taponazo, ¡pum!... y nada.

Volvi la cabeza y vi a Mahou.

¿Por qué Emilio Mesejo no ha vuelto a Apolo, ya curado de su enfermedad?

¿Pur que continúa desempeñando sus papeles un actor de segunda fila?

¿Qué pasa en el saloncillo del teatro de la calle de Alcalá, que hace quince días vive en el desierto? *El Indiscruto*, tiene la palabra.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

RUBIELOS II.—Barcelona.—No me es posible aceptar su extraña pro- posición, pues no me puedo explicar por qué quiere repicar y andar en la procesión.

LAMPREA.—Valladolid.—Eso es una cosa fea, que no pasaría aquí... puede que en Valladolid gustara, señor Lamprea.

MELOJA y CUARTETA.—Córdoba.—

En el cementerio entré y pisé una calabaza creí que era Silvela que iba con su criada.

Eran Meloja y Cuarteta chuscos de algodón en rama.

M. P. F.—Río Tinto.—Puede que aprovechemos algunos.

A. T. E.—Málaga.—Sin saliente cómico. En La Saeta, sucursal de ge- nios en cascarón, podrán enterarle de lo que esto significa.

B. P.—Madrid.—Hoy me siento complaciente y por ser cosa simpática, le publico aquí una arcádica, la mejor, naturalmente:

A los seis años te vi, a los doce te miré, a los quince te sentí, y a los veinte te adoré. Luego el desengaño fué, porque sentí lo que vi y no vi lo que miré; tú no eres lo que solé... lo que vi no vi, y así, lo que amaré aborrecé.

H. M.—Madrid.—Entra en turno.

CRITO.—Madrid.—No limite á Campoamor, y le saldrá á usted mejor.

UN ESTUDIANTE DE OSUNA.—Sevilla.—Pues le diré que de las que manda usted, no me ha gustado ninguna.

C. C.—Longreo.—Me siento generoso; ahí va uno de los cantares:

Tienes unos ojos morena que parecen decir que sí pero yo no me atrevo dirigirme hacia ti.

L. DEL A. Y M.—Barcelona.—Se publicará todo, menos los Epigramas y los Epitafios.

¿USTEA DIRÁ?—Pues digo, que todas esas cosas del soneto, se han dicho ya, en verso, prosa y hasta creo que por signos taquigráficos. El verso descarga el rudo golpe é imposible

es duro. ¿No le parece á usted?

M. R. B. B.—Está usted equivocado. Sus versos sirven y creo que ya están compuestos... pero ¡si supiera usted la cantidad de original admitido que está esperando turno!

J. S.—Se publicará Predicar en desierto.

K. T. Q. MENO.—Sevilla.—No iba con usted aquello de La Saeta. Se trataba de otro catecismo con menos pupila. Usted es un catecismo de Sevilla, el otro no es más que un catecismo de Jerez.

J. V. A.—TROMPETILLA.—M. D. F.—A. O. M.—L. E. y L. DE H.—CORUJO.—RODRIGÓN.—P. L. M.—MARCO MÍNIMO.—

•Tiene peca miga, no está mal escrito, no sirve, no encaja, lo siento infinito no se desanimen, manden otra cosa á

NOTA IMPORTANTE. No se devuelven los originales que se nos remitan.

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID
Tres meses, 2,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.
PROVINCIAS
—Semestre, 5 ptas.—Año, 9.
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 líneas de 45 m/m



OFICINA: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

UNION POSTAL
—Un año, 15 pesetas.—
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25
Anuncios extranjs: Ptas. 0,35 líneas de 45 m/m

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

Advertisement for BERNABÉ MAYOR, 8, ESPARTEROS, 8 MADRID. Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc. Ferreteria, metales, utensilios de cocina. LUZ ELÉCTRICA. Catálogos ilustrados gratis.

Lo mejor para el pelo
PETRÓLEO GAL
Perfumería de Echeandia,
2, ARENAL, 2

Advertisement for La Soledad, SERVICIOS FÚNEBRES. DESENGAÑO. TELÉFONO 205.

CANTAR POPULAR
Para jardines, Valencia; y para buenas camisas
Madrid para divertirse, las de casa de MARTÍNEZ.
2 - SAN SEBASTIÁN - 2



El Odol es el primero y el único dentífrico que contrarresta con absoluta seguridad las causas de la caries dental. Esta acción positiva, que está probada científicamente, consiste en la propiedad peculiar del Odol de penetrar en los dientes picados y en las mucosas de las encías, que embebe é impregna hasta cierto punto. Comprendase bien la importancia capital de esta nueva y peculiarísima acción: Mientras que todos los demás medios usados para limpiar la boca y la dentadura sólo obran durante los pocos momentos que se emplean en esta operación, el Odol deja en las mucosas y en las muelas picadas un depósito antiséptico cuya acción dura horas enteras. Así se logra una acción antiséptica continua, que limpiará seguramente la dentadura de todo germen infeccioso hasta en las más pequeñas hendiduras. Claro está, pues, que las personas que se lavan diariamente la boca con el Odol, protegen con toda seguridad su dentadura contra la caries. El precio de un frasco (expulsador original) de Odol, cuyo contenido basta para el uso de algunos meses, es de pesetas 2 y 3,50.

Advertisement for DR. GARRIDO. Para curarse del estómago, Luna, 6. Todo lo demás es perder el tiempo. Y para comprar específicos y recetas, Luna, 6. Estas bien despachadas y al menor precio razonablemente posible. Y aquéllos á precio de almacén ó por mayor. Ej.: Solución Faulstich, 2,60; Magnesia Bishop, 1,35; Harina Lactada Nestlé, 1,65; Vino Vial, 4,50; Sedlitz Chautaud, 2,60; Tónico nervioso Lera, 3,25. Y así de todos, por lo que los despiertos compran aquí. A provincias por correo, y en Madrid á domicilio. Teléfono 111.—Luna, 6.

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.